



Avellaneda en el paisaje

Óleos y acuarelas

P.06

AVELLANEDA HACIA EL BLANCO

Miriam Guardiola Salmerón

P.08

PAISAJE COMO SANGRE
EN LAS VENAS

Juan B. Sanz

P.12

TERTULIA CON
MANOLO AVELLANEDA

José Mariano González Vidal

P.016

AVELLANEDA EN EL PAISAJE

Óleos y acuarelas

P.68

EXPOSICIÓN

P.78

CRÉDITOS

AVELLANEDA, HACIA EL BLANCO

Manuel Avellaneda fue un consumado maestro de ese color en el cual se resumen, por aglomeración, todos los demás, el blanco. Avellaneda hizo de las "badlands" o "malas tierras murcianas (malas tierras es una trasposición del idioma inglés que no las hace justicia, porque con frecuencia son las más fértiles) una idea de pureza. La pureza del blanco de las tierras margas. De esa lengua cálcica que salta de África y, describiendo una imaginaria elipsis sobre el mediterráneo, se deposita en nuestra Región de Murcia, avanzando, según dicen los expertos climáticos, hacia el oeste y el norte. Avellaneda ha sido, en la acuarela, tal vez el más insistente observador de todos los matices del territorio que va desde Puerto Lumbreras a Abanilla, por poner dos límites geográficos que cruzan en diagonal la Región.

En realidad Avellaneda se dirigió a través de su carrera hacia el corazón de ese blanco, de esa no pintura. La no pintura que era pintar nuestras tierras blancas bajo la órbita del sol, desde el amanecer hasta el ocaso, con todos los cambios sutiles que en ellas se producían. Un mismo paisaje, desde la misma posición del lienzo y del caballete, ofrecían para Avellaneda cuadros completamente diferentes, si eran abocetados a distintas horas del día. Fue un pintor prolífico. Pero no tanto como para captar el mismo día todos los cambios que se producían en la no materia del blanco, en el no color de la esencia de la tierra murciana más aparentemente pobre y característica. Así, es un milagro que nos hayan quedado de Avellaneda tantos cuadros profundamente sugerentes de paisajes muy similares (cuando no, como hemos dicho, eran el mismo). Paisajes de un realismo irrealista, tan típico de la mirada murciana, paisajes alunizados (lunares), más que alucinados. Alquerías en ruinas, paleras abandonadas, viejos almendros del antiguo secano, aquí y allá... todo eso le interesó a Avellaneda, más que la imagen idílica de la feraz huerta del Segura a su paso por el valle de Murcia. También le interesaron esas huertas, y ahí quedan sus ejemplares ideaciones de Ojós, por ejemplo. Pero el Avellaneda más adusto es el más arquetípico.

Esa adustez era la perpetua búsqueda de la pureza, como hemos apuntado antes. Personalmente Avellaneda era la viva imagen del murciano antiguo, a veces brusco, a veces lírico, de no excesivas palabras, profundamente amigo de sus amigos. Pero con una sensibilidad extraordinaria y un amor por la propia tierra que esa tierra nunca le pudo devolver, al menos en vida, aunque recibiera multitudinarios homenajes. Esta exposición es un memorial de contundencia definitiva sobre su maestría con el paisaje, con el color blanco, con la no materia, con la esencia de los sueños a los que uno se eleva cuando lleva un rato contemplando en silencio y a solas, desde algún altozano, el paisaje único de la Región de Murcia.

**MANUEL AVELLANEDA:
PAISAJE, COMO SANGRE
EN LAS VENAS.**

Por Juan B. Sanz

La regla, la ortodoxia, recomienda empezar por el principio de las historias, cualquiera que sea su fundamento; se empieza la casa por los cimientos, no por el tejado. Yo no haré caso hoy, comenzaré por el final, por el dolor, e iré curándome de él hasta llegar al feliz inicio de lo que fue una pasión, un privilegio, un amor en la amistad, un horizonte en el paisaje compartido. En realidad le voy a hablar directamente a Manolo Avellaneda para contarle que se hace, en su memoria, una exposición de su obra en el MUBAM y que ahí estamos los que quedamos; con él, siempre a su lado, atónitos ante sus paisajes evolucionados.

De aquel daño que, silentemente, apuntaba al principio en referencia a su ausencia, no nos vamos a reponer con facilidad, si es que logramos hacerlo, porque la herida aún nos sangra; será más fácil la vivencia alrededor de su obra; la falsa brusquedad del pintor convertida en luz y atmósfera, una añoranza que siempre será pintura y de la buena. Su condición de paisajista era contagiosa, de ahí que algunas veces nos viéramos en la aventura de acompañarle al natural, según mi propio estado de ánimo, con las artes de pintar o con las del fotógrafo o el cine, en cualquiera de los casos siempre resultaba fascinante la experiencia de verlo atrevido, osado en la potencia, luminoso e incansable. Era capaz de situarse frente a los grises y los malvas de las lejanías, junto a los primeros términos del color de la almagra, en el medio camino del verdoso de las oliveras, con la pasión de un cazador al acecho, fumando sin descanso -¡ay!, ¡fumando!- y ganándole terreno al tiempo escaso de la luz de la mañana, la de las primeras horas porque la del mediodía deja el paisaje blanco a fuerza de luz. Y todo reverbera.

Con el tiempo y después de unas primeras exposiciones fauvistas, y las heredadas en espíritu de la Escuela de Madrid, donde bien le sitúan críticos solventes que escribieron de esos movimientos, como Antonio Martínez Cerezo, con Arias, Beulas y otros en el recuerdo de las texturas, fuimos confundiendo los paisajes reales con sus cuadros. Era frecuente en los cortos viajes regionales el comentario mientras mirábamos por la ventanilla los secanos de Albudeite, de Mazarrón o de Mula: "Mira, un Avellaneda", decía alguien, siempre. Y frente a nuestros ojos sorprendidos se nos relataba el misterio de nuestra geografía inconfundible, inigualable, haciéndose, por obra del milagro pictórico de Manolo Avellaneda, como dos almas gemelas.

El auténtico y el recreado a través de su retina, de su cerebro en armonía con su alma. Desde el negro día en el que se nos fue he vuelto a la lata magnética donde guardo su imagen y le he visto, le he mirado emocionado en varias ocasiones, pintando el gran formato a la vera del camino que conduce a nuestra casa de campo, la que habitó unos días en soledad con sus artes del oficio, trabajando las puertas y las ventanas que siempre tienen un horizonte alcanzable y reconocible.

Un día que volví de Quesada, la tierra de Rafael Zabaleta, a la que él había ido antes que yo, dejando, además, una obra suya en el museo del andaluz; llamado por el eco de sus campos, por el aroma de la pintura del maestro, le dije que él podría pintar de dentro a fuera como habíamos visto en las obras del que fuera una sorpresa de la pintura española de la postguerra. No me contestó y desconozco si compartió mi sugerencia e ignoro el impacto interior de la propuesta; ni siquiera sé si la comentó con alguien distinto a él mismo; pero en su siguiente exposición me reconocí en un recoveco de los higos chumbos sobre una mesa de morera asistida por dos sillones de mimbre en el porche de Isla Plana. Yo siempre sentí con Avellaneda que compartíamos un secreto; el trámite y el camino por donde se llega a la buena pintura para que lo sea de verdad. Con mayúscula: PINTURA y ello solo es posible con un corazón muy cercano como era el suyo para mí, el mismo que al romperse me llenó de angustia.

Le conocí en 1968, aunque ya sabíamos de su existencia artística, casi adolescente; en nuestra colección había una pintura vibrante de color, muy juvenil. Su autor la había donado para la Gran Subasta del otoño de 1957 "Murcia por Valencia", de Radio Juventud y la habíamos adquirido con cierta ilusión en el nacimiento de un pintor. He visto construir la casa de Manolo Avellaneda, artista nacido en Cieza; dándole al término el más amplio de los conceptos. Lo he visto crecer artísticamente a partir de aquella valentía visceral; madurar en diferentes dimensiones de la forma y el color. Con una apariencia tosca disimulaba su ternura interior que la hacía patente cuando pintaba y, más aún, cuando escribía. Porque escribía, y bien.

Avellaneda, hijo único, pudo marchar pronto a Madrid y tener estudio en las proximidades del Rastro; de esa época primitiva aquel otro pequeño cuadro de unas casas de la zona, también de orden fauvista, ingenuamente pintado. Amistades con la colonia de murcianos en la capital, con Ceferino Moreno. Comienza la intelectualización del pintor, sus hallazgos con el grabado en el estudio Boj de Dimitri Papagueorgiu, el griego llegado a España; más tarde con

Manuel Repila y el asturiano Casariego, que editaba libros de litografías en piedra. Quizá, con la vehemencia de contar, he dado un salto en el camino; vayamos sin prisa; haciendo camino al andar. Avellaneda en Madrid frecuentaba el estudio de don Daniel Vázquez Díaz que dejó escrito de él: "El pintor Manuel Avellaneda siente el fuego de las tierras bravas incendiadas de rojo por su gran temperamento". El maestro andaluz que conoció su obra temprana en esa época, ya veía en él, por entonces, la ilusión por ser uno de los grandes paisajistas españoles. Y lo es, porque no quiero utilizar el término del pasado. Pocos cuadros recuerdo de figura: un camarero; un desnudo; una figura de mujer en una barra de bar; no le atraía dibujar humanidades.

Un día afortunado vimos una exposición en Chys y la presentación de una carpeta de litografías, auténticamente estampadas en piedra en homenaje a Azorín; estaba naciendo la afición en Murcia de su mano por el grabado. Con Manuel Fernández-Delgado y la pasión conocedora de la técnica de Francisco J. Flores Arroyuelo, se compró un tórculo manual y comenzó a tirar aguafuertes, a enseñarlos lo que había aprendido en Madrid, en lo que llamaron estudio K. El grabado y la pintura serían sus dos constantes. Avellaneda pintaba la ventana que tanto le inspiraba y que daba luz al bodegón sobre la mesa huertana y los sillones de caña. Y el blanco azulado de la cal en sombra, y el siena de las losas de barro cocido del suelo. Y siempre un cielo añil o azulón, de verano permanente, sobre una línea ultramar de la mar que, en él, es femenina. Le recuerdo pintando al aire libre, del natural, inverosímilmente, desafiando a los vientos con el gran formato. A pecho descubierto sobre la roca del acantilado de Cabo de Palos; como un titán o un gran capitán en la proa de su barcaza.

En un momento maduro pero quizá también primerizo, su pintura se hizo terrosa, de arcilla y arena; azoriniana si buscamos una raíz literaria a este asunto noble del arte. Avellaneda se despedía por unos días de todos y marchaba solo a entrevistarse con el paisaje; supo que el descubrimiento de Castilla había hecho muy bien al alma de Molina Sánchez; a Luis García-Ochoa que recitó a Machado en pintura y en color. Vinieron los campos de Castilla y otras ordenanzas y coordenadas de la naturaleza. Y quiero decir que, en los últimos tiempos, no importa el vértigo de la pirueta, le pudo en su concepción artística, una tradición mediterránea al agudizar la mirada hacia lo natural y vivo del paisaje y aquí he de decir que le influyeron Andrés Conejo, poderoso ante la naturaleza, y Ramón Gaya, tan sutil dentro y fuera de la tierra.

Pintaba Avellaneda de una forma muy particular; con su caballete y el gran lienzo, al borde del mar o en cualquier zona digna de la atmósfera necesaria. Lo hacía con primor, sin importarle el impacto de la tela totalmente blanca; de arriba abajo; con un orden llamativo y controladísimo en el gesto de la pincelada. Primero, los cielos; después las lejanías de los montes malvas; luego las precisiones lejanas pero descritas ante los ojos; así hasta llegar a las zonas inferiores de la obra con los sabrosos primeros planos de detalle. Espuma si era mar, pitera o flor de almendro, si era secano nuestro. Y vino, con todo ello, a ganar en poesía armonizada en las texturas nuevas de su conciencia de paisajista magnífico y auténtico; lejos quedaba la alquimia para enfrentarse a lo que verdaderamente enmudece: la luz y el color. En una época intermedia, Avellaneda tapaba el blanco irreverente del soporte con color arbitrariamente puesto; lo que él llamaba en aquella técnica, "meterlo en color".

En el pintor murciano, integrado en la segunda Escuela de Madrid, se dieron las virtudes necesarias para apreciar las lejanías conocidas a veces azoradas de bruma o calor, de flema y flama de la atmósfera blanca. Los sienas y violetas de los montes furtivos, los surcos de los primeros términos, los bancales yermos fueron siempre interpretados por el artista que veía el color donde otros lo negaban; así siempre lo supimos todos.

Manuel Avellaneda, pintor, mi propio padre, algún amigo, salíamos a la caza del paisaje en las primeras horas de la mañana; por cerros conocidos con nombres propios de nuestra infancia. Desparramado en la tierra como fertiliza el agua misma, el pintor agostaba montes, vehementemente, con largueza de esfuerzo. Eran días abrasadores y agotadores para el paisajista que a veces llegaba a terminar varios pequeños óleos de diferentes tamaños; con solemnes retratos de las tierras sembradas. Aquel "Cerro azul", a base de pizarra y el liviano "Cerro amarillo", que bien recuerdo, con todas las virtudes de un buen Palencia.

Paisajes de tierra cálida y seca, punteada de pequeños matojos, que un cielo verde musgo, malva y gris, contemplan en panorámica. Avellaneda nos tenía acostumbrados al diálogo íntimo y sereno que aproxima al ser humano a su raíz profunda. Tierra solitaria y apacible, obediente a la caricia del arado, donde los surcos marcan pequeños caminos y las lomas siguen ondulados relieves escoltados por oliveras de doble tronco para las que el pintor tenía un pincel domesticado como una lengua bífida de serpiente, para pintarlos de un solo y certero trazo. Lo he pensado más de una vez, por las venas de Manolo Avellaneda corría sol líquido en lugar de sangre, agua tibia y luz, color; sobre todo luz a raudales y tierras tostadas.

< Pintaba Avellaneda de una forma muy particular; con su caballete y el gran lienzo, al borde del mar o en cualquier zona digna de la atmósfera necesaria >

TERTULIA CON MANOLO AVELLANEDA

Creo que fue uno de los hermanos Goncourt - no recuerdo ahora si Jules o Edmond, ni voy a levantarme a comprobarlo - quien dijo algo parecido a esto: "Un cuadro es, quizás, lo que oye más tonterías en el mundo". Suscribo a pies juntillas el sensato precepto de que colgar etiquetas no es misión del presentador de catálogos. Cuando lo que se estila en estos casos es hablar de la pinta, uno prefiere hablar del pintor, de rescatar al personaje.

Ahora, en estas calendas del verano, cuando mi tertulia se disuelve o desparrama, quiero recobrar a Manolo Avellaneda rumbo a Isla Plana, refugiado en un cubo morisco erguido en la roca como un alminar, atisbando el mar, esa línea azul que, obsesivamente, baña de azul su pintura.

Venido el otoño, los tertulianos volvíamos a la tertulia y su rutina, como las golondrinas vuelven a su nido y los mochuelos a su olivo. El hombre, ya se sabe, es animal de costumbre, de querencia, y la vida misma no es más cosa que la costumbre de seguir viviendo. Olvidadizos o despistados, humanos al fin, cualquiera de nosotros olvidaba un día las gafas, otro el monedero o el pañuelo, y alguno se olvidaba con frecuencia de abrocharse la bragueta tras el alivio de acuciantes urgencias prostáticas. Manolo Avellaneda, individuo de número de nuestro cenáculo - diríamos desayunáculo con mayor propiedad - olvidó inopinadamente esa rutina y vulgar costumbre que es vivir e hizo novillos a la rentrée otoñal de la tertulia. Una despedida a la francesa que, en principio, atribuimos a la prórroga imprevista de sus vacaciones. Nuestra tertulia es el café nuestro de cada día, media hora de misa laica, pero de precepto, que concelebramos ritualmente cada mañana. Un rito que viene de lejos, de tiempos murcianos ya sin retorno, de tantas mañanas amanecidas cafeteramente en el viejo Santos, en Dunia, en Mi Bar, en Williams o en el nuevo Drexco. Ahora, en la terraza del café del Arco, en la plaza de Romea, hay una silla vacía y el vacío de una taza de café. Ese café sólo, sin azúcar, nunca con leche, ni descafeinado ni con sacarina, que día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, compartía con nosotros Manolo Avellaneda.

Le llamábamos Chito. Palabra mágica y por ello secreta y enigmática que se ganaba, otro enigma, una mirada de desconfianza de Pepe Aroca. El epíteto venía rodando desde Pedro Soler, abaranero, con costumbre de llamar chitos a los ciezanos. Una hijuela propia del viejo pique celtibérico entre dos pueblos vecinos, que en lenguaje culto es eso que llaman sociocentrismo los antropólogos y que podría explicar cabalmente, Paco Flores, otro de los contertulios.

Cieza es un país que organiza concursos de captura nocturna de grillos y de lanzamiento de huesos de oliva sin canuto, un esparcimiento que han popularizado ciertos políticos marcianos. Cieza es un paraje y un paisaje que fabrican un tipo muy peculiar de paisanaje. Manuel Avellaneda es el epígono de aquellos ciezanos preclaros que se llamaron Antonio Pérez Gómez y Antonio de Hoyos.

Manolo Chito Avellaneda no escupía huesos de oliva, pero escupía pijos como nadie. Hace años que tengo escrito que solamente su ilustre paisano - un incunable, una rarísima edición de hombre - Antonio Pérez Gómez, era capaz de emular su virtud exclamatoria. Ninguno como ellos ha manejado en el coloquio callejero o cafetero, con mayor precisión y propiedad, con más cabal oportunidad y tino, el uso de ese pijo rotundo y morrocotudo, ese trallazo tan ciezano, tan murciano, tan castizo. Chito Avellaneda era un gran exclamador, un virtuoso de la exclamación por la exclamación, lo mismo que la poesía pura o el arte por el arte. En ese limpio estruendo sonoro, modulado por pautas musicales y armónicas, no habitaba la imprecación el improperio y, pese a su vehemencia vocal, el terno sonaba cándido y hasta lírico. Como si en vez de exclamar pijo hubiera musitado nenúfar declamando un verso de Rubén Darío. Era el baladro de su voz, ese estrépito de badajo de campanario catedralicio, lo que parecía alegar unos gramos de destemplanza en su metal de bronce puro. Ese baladro nos despabilaba a los contertulios cada mañana y despejaba nuestra soñarrera matinal como una taza de café negro, sólo, sin azúcar y bien cargado.

Si Manolo no escupía huesos de oliva, con o sin canuto, tampoco cazaba grillos a la luz de la luna, ni atrapaba moscas por el rabo. Quiero decir que era un tipo que no tenía la cabeza a pájaros. Por contra, los pies bien plantados en el suelo, era cauto y con cierta retranca huertana o campesina, un tantico taimado y camándula para el trajín cotidiano. Simulaba un sanchopancismo de falso rústico, dejando el quijotismo para su pintura, una pintura idealizada de paisajes idealizados, que sólo una torpe miopía crítica tildaría de realismo. Cultivaba con éxito una tosca apariencia de falaz pardal, en posesión de un seny peculiar y personalísimo. Josep Pla diría que era una forma comercial y positiva del vivir.

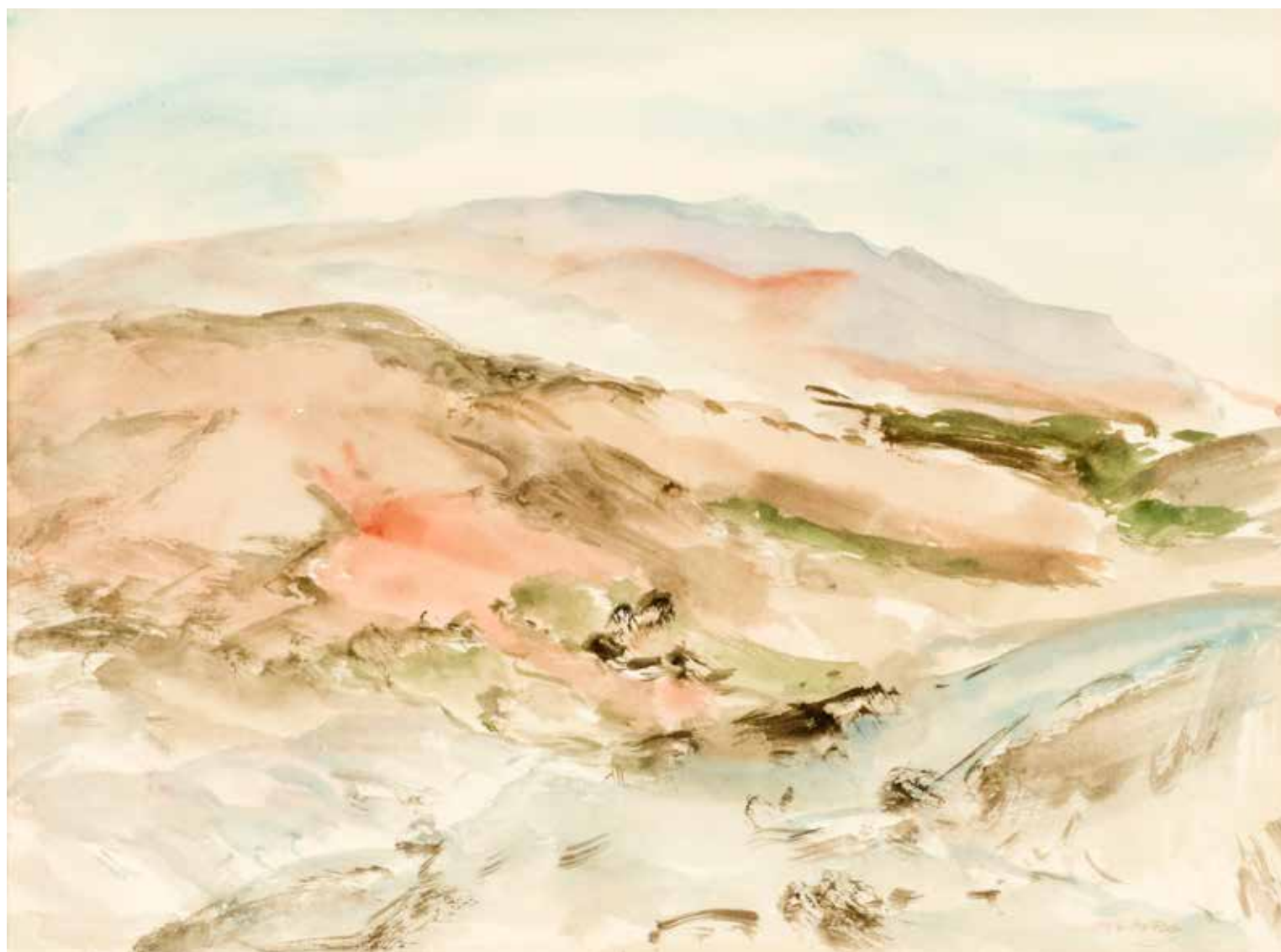
Ese gran tertulíologo que fue Ramón Gómez de la Serna ha escrito de la nuestra, de todas las tertulias de café, que es ese Consejo de Estado de los hombres que nadie va a consultar y que dicen la última palabra, la palabra definitiva de cada asunto. Este ateneo, ágora, universidad, academia y cátedra, es el Sanedrín ciudadano donde oficiaba Manolo Avellaneda cada mañana. Su talante lo impulsaba a erigirse en moderador de los debates - ¡quién lo hubiera pensado! - concediendo turnos de palabra, apaciguando acaloramientos, encarrilando polémicas descarriladas y cabreándose

hasta el paroxismo cuando alguien se salía de parva. Era la gran paradoja del falso energúmeno que, según su rasero, no sabía hablar en voz baja. La tertulia es una asociación voluntaria, igualitaria y libre, antípoda de oligarquías y dogmatismos, democráticamente tolerante con filípicas y rapapolvos. Se comentaban y discutían opiniones, creencias y descreencias, ideas y ocurrencias, dogmas y paridas, pero nunca llegó la sangre al río ni acabamos como el rosario de la aurora. Más o menos a las diez y media de cada mañana la tertulia se disolvía pacíficamente, como los azucarillos en los cafés. Y ese terrorismo incruento, ese guirigay petardista, iconoclasta y perverso de la media hora de misa laica, estallaba como una pompa de jabón. Como el baladro haciendo retemblar las peceras del Casino o el escaparate de CHYS, esa galería ya huérfana de pintor.

Al filo de las vacaciones de verano hablábamos Manolo y yo de lo suyo, de pintura. De sus últimos hallazgos, de esa mixtura de bodegón y paisaje con la ventana como puente entre dos mundos, el doméstico y la naturaleza. Le recordé que Eugenio d'Ors defendía un modelo de bodegón casi inédito en la plástica: Una mesa, un mantel a cuadros azules y una tortilla de patatas a la española, muy castiza. La nota amarilla sobre el azul, decía, da un juego de complementarios perfectos. Quedamos en que yo pondría al mantel, Mariví, su mujer, cocinaría la tortilla y él pintaría el cuadro... Pero ya he recordado que el pintor se olvidó de vivir, de pintar y de acudir a nuestra tertulia. Y que hay una silla vacía en nuestro velador mañanero del Café del Arco, en Santo Domingo, a la sombra verde las moreras. Y también una taza de café sólo, sin azúcar que no humea cada mañana...

Vivimos en tanto que lo hacemos en otros, Chito, y nadie muere del todo mientras no mueren los contemporáneos de su corazón. La inmortalidad, Manolo, es memoria, no la falsa inmortalidad póstuma de las Academias, de las necrológicas de los periódicos, ni la de las calles con un nombre. La inmortalidad es sentir el temblor de la primavera ausente en el recuerdo del invierno, diría César González Ruano invocando esa memoria al recordar a un amigo que, como tú, se ausentó para siempre. A la vuelta del verano se recompondrá nuestra tertulia, cuando el otoño desnude las moreras y vuelen los últimos vencejos. Volveremos a la rutina del café nuestro de cada día. La vida no es más que eso, una costumbre que a veces se olvida, como las gafas o la cartera o el pañuelo. Y se falta a la tertulia donde cuatro o cinco amigos se reúnen en la mesa de un café a hablar bien de otro que ya no va por allí.

Paisaje. Acuarela
23x31 cm



Sin título. Acuarela
36x27 cm



Almendros en flor
74x55 cm



Paisaje
52x44 cm



Paysage de Ricote
56x46 cm





Desde el Mirador



162x65 cm

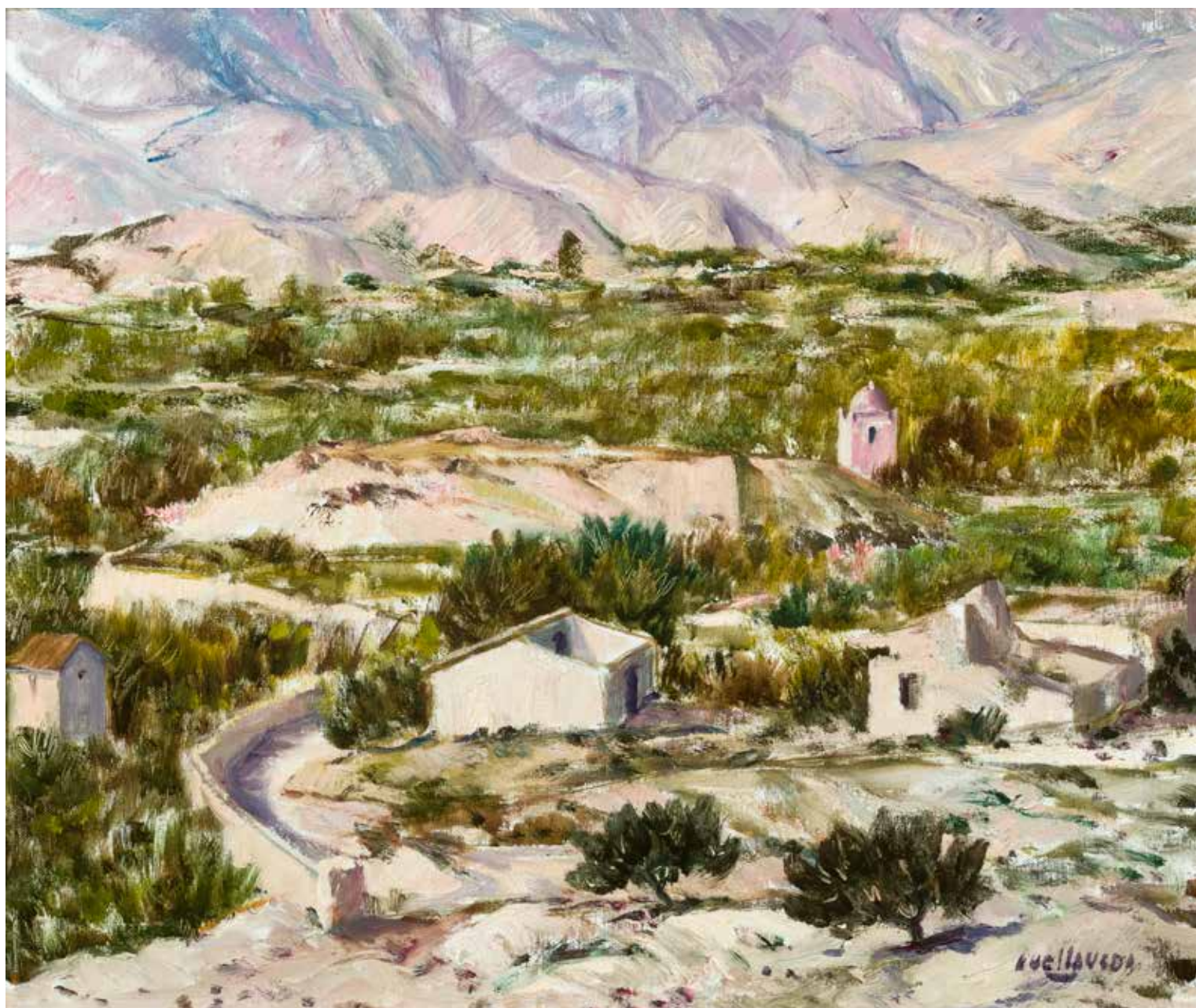
Baños de Mula
97x130 cm



La orilla del embalse
38x53 cm



Paisaje de Ulea
56x46 cm



Las cuestras
65x54 cm





Entre Albudeite y Campos del Río



97x390 cm

Paisaje de Puerto Lumbreras
65x54 cm



La huerta en Ulea
100x81 cm



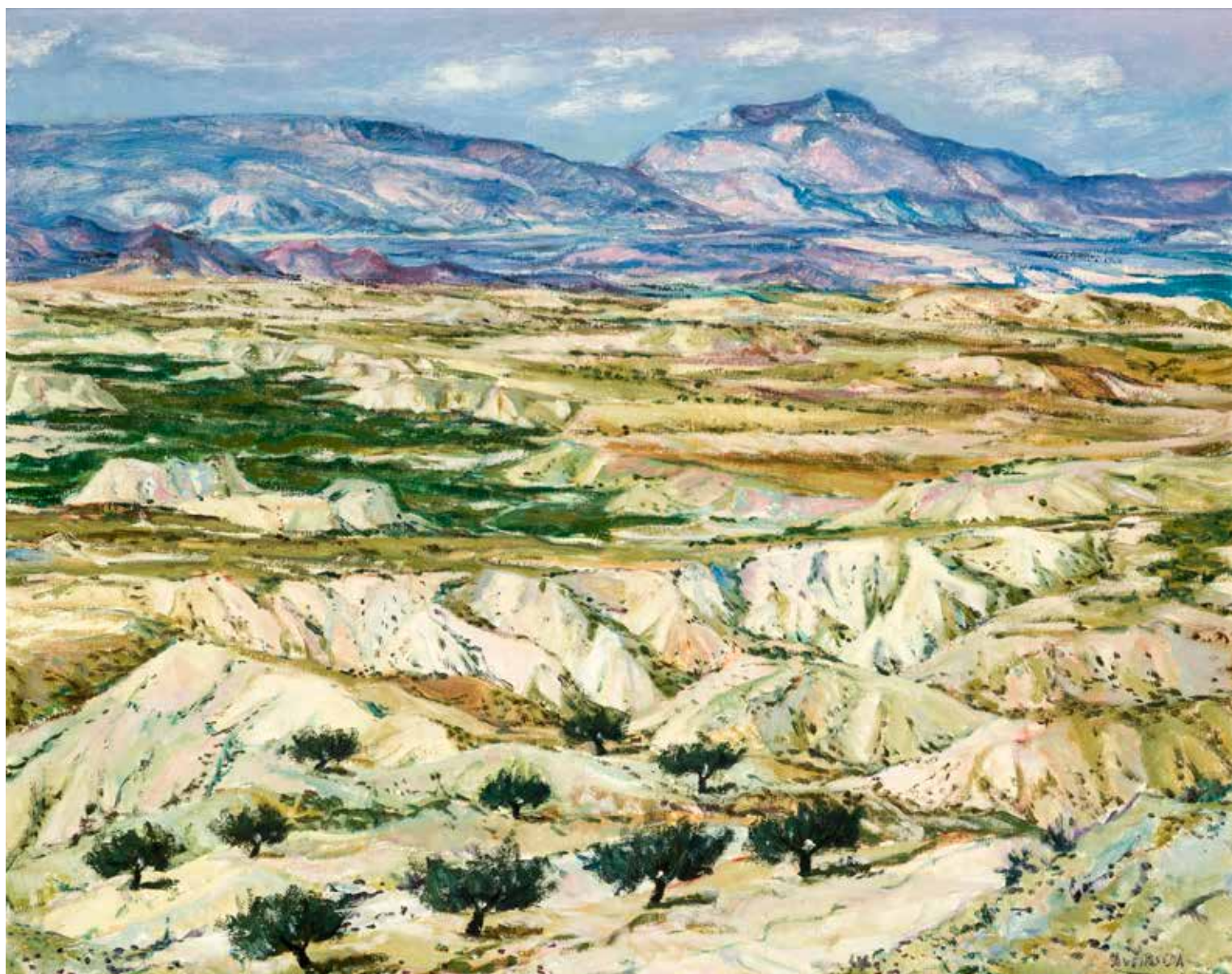


En el interior
35x24 cm

Cuestas de Cartagena I
100x80 cm

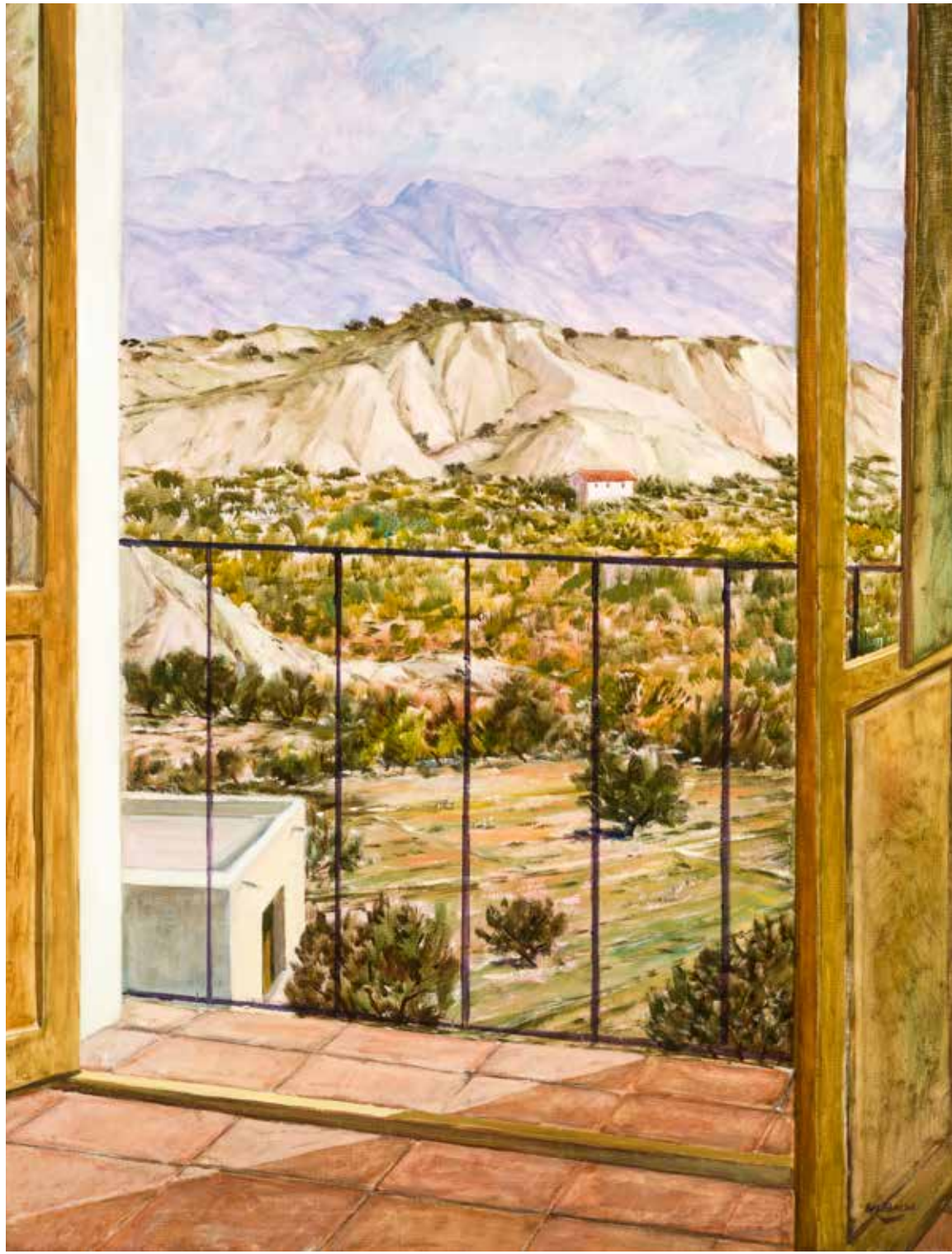


Paisaje Carretera de Mula
110x132 cm



El balcón
112x160 cm





Balcón con paisaje
115X87 cm

Terraza en la huerta II
162x130 cm

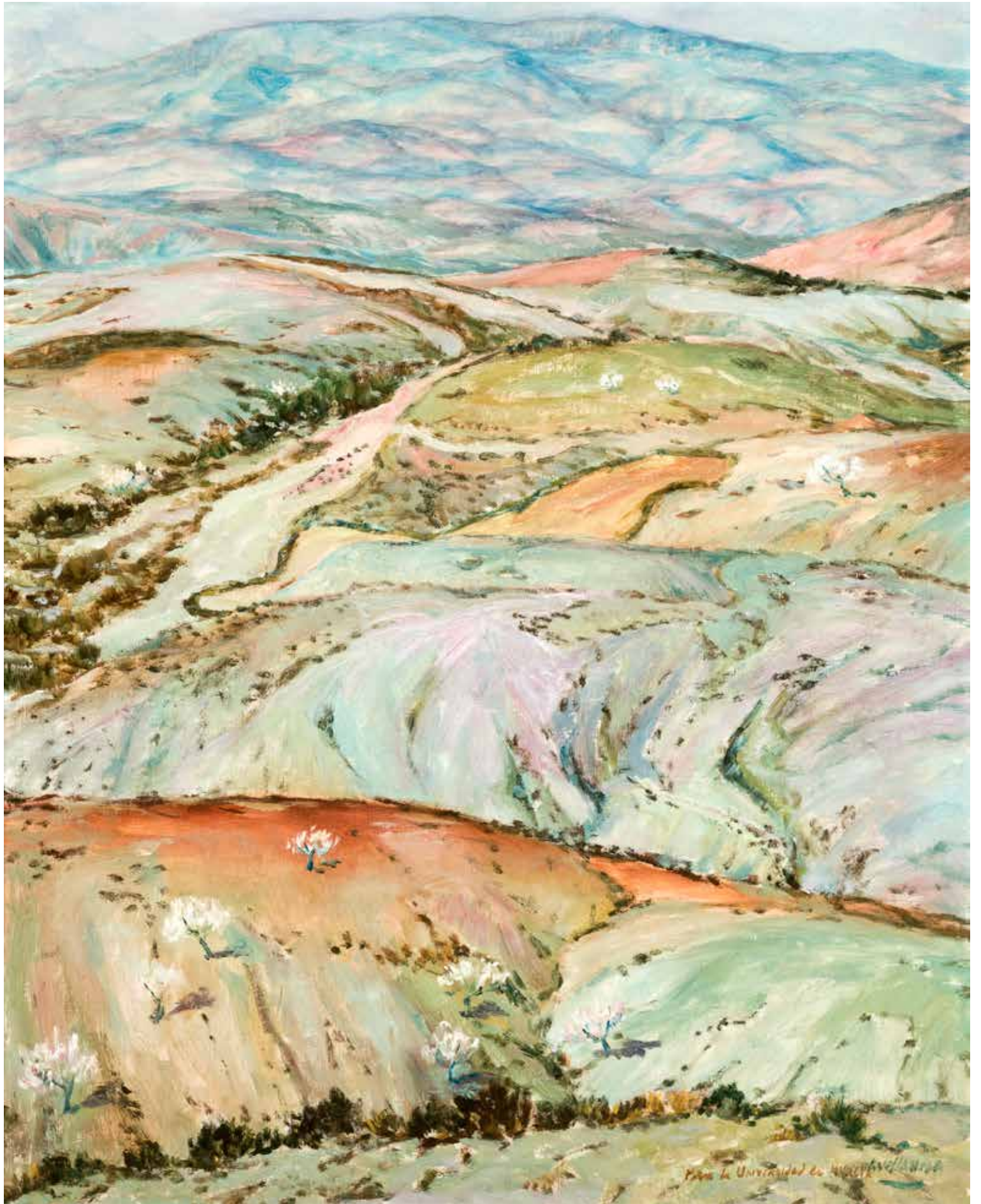




Desde el balcón
112X144 cm

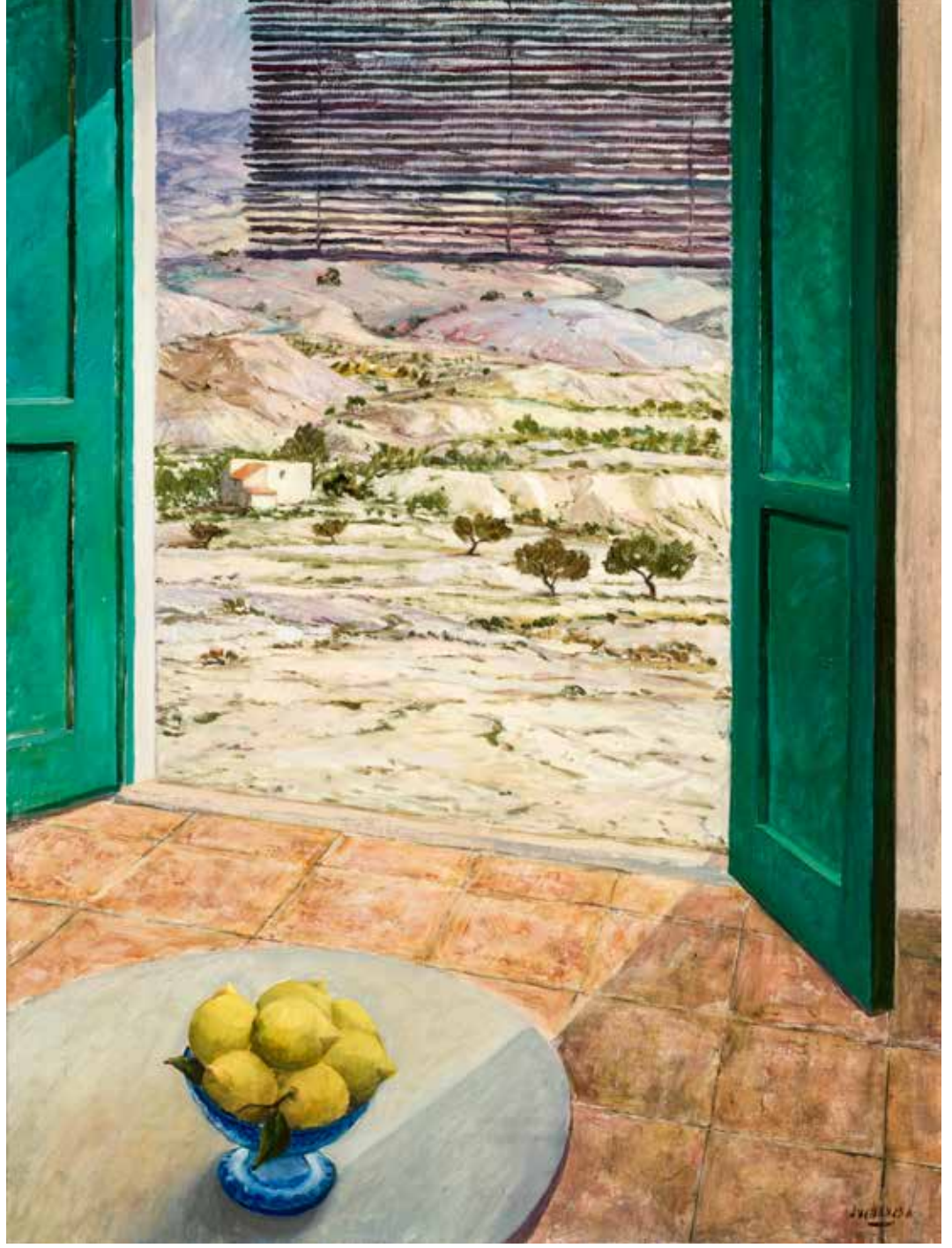
El pantano. Blanca I. Acuarela
24x31 cm





Puerto Lumbreras
90x80 cm

Bodegón de los limones
132x99 cm



Vistas al paisaje
95x75 cm



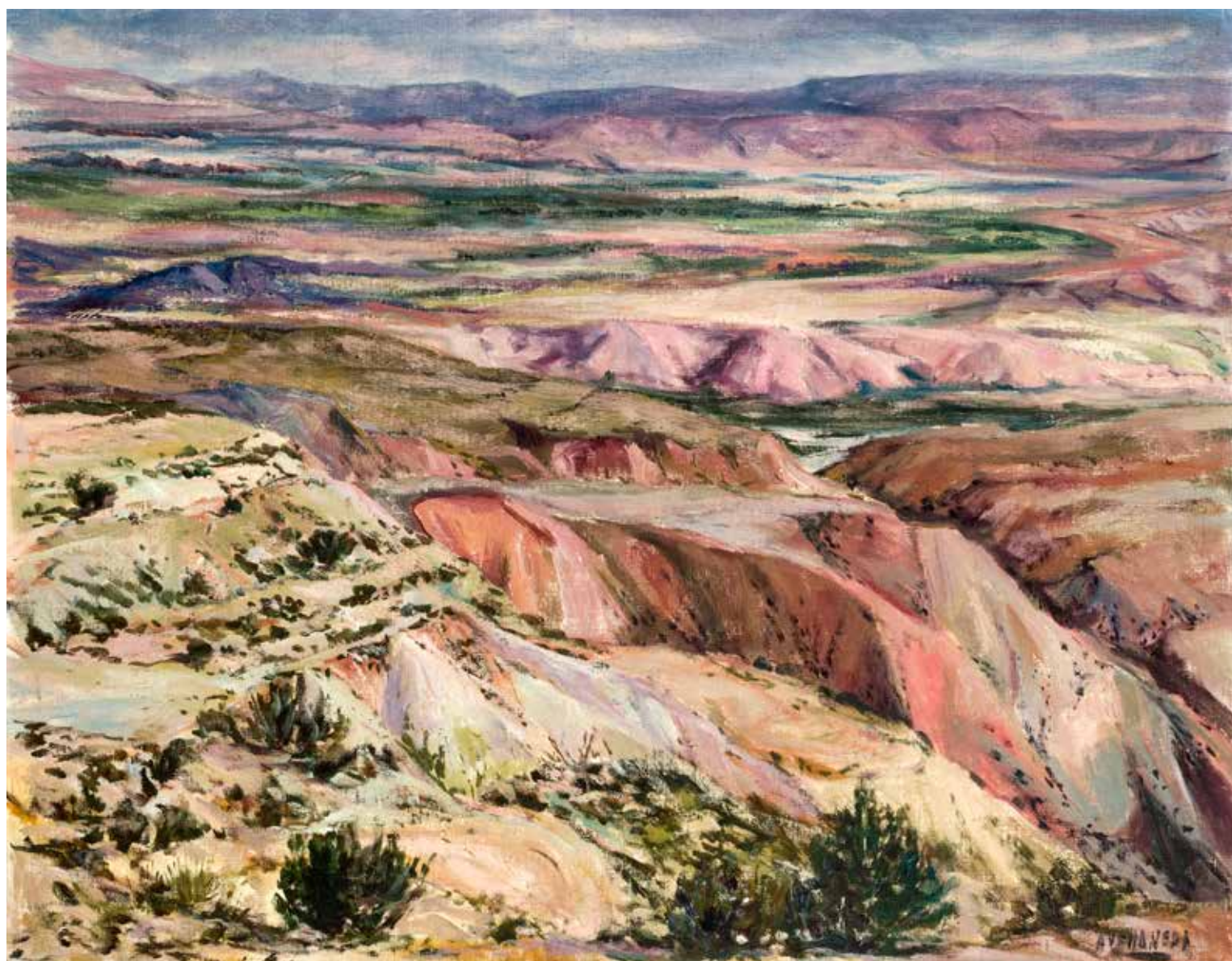
Barrancos
73x84 cm



Tierras Margas
95x75 cm



Paisaje de Baza
97x130 cm



Paisaje. Acuarela
19x27 cm

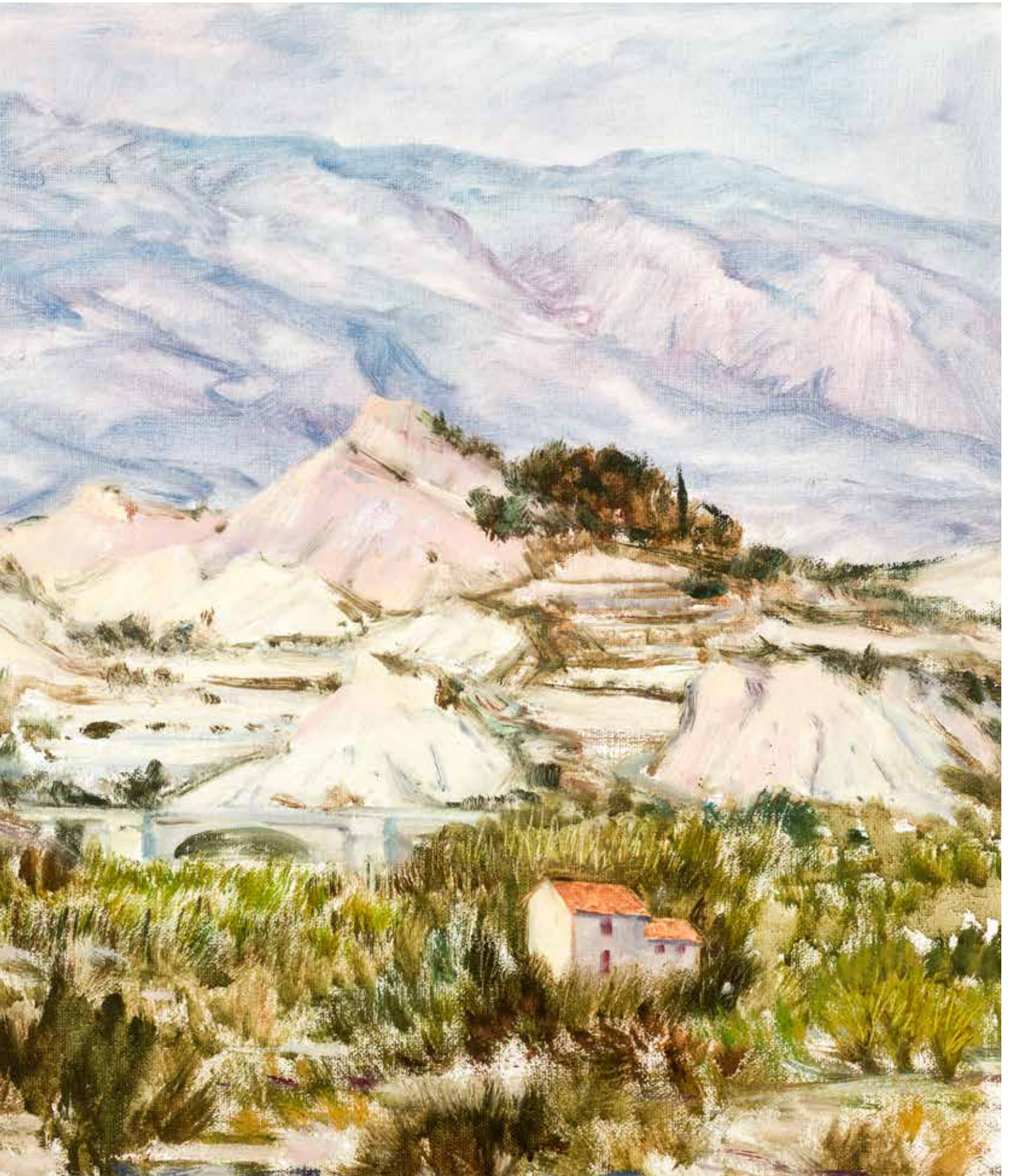


Mazarrón. Acuarela
24x31 cm



Cerca de Ojós
70x78 cm





El Puerto
78x83 cm



Cerca de Albudeite
56x64 cm



Cerca de Blanca
105x88 cm



Paisaje de Abanilla
56X64 cm



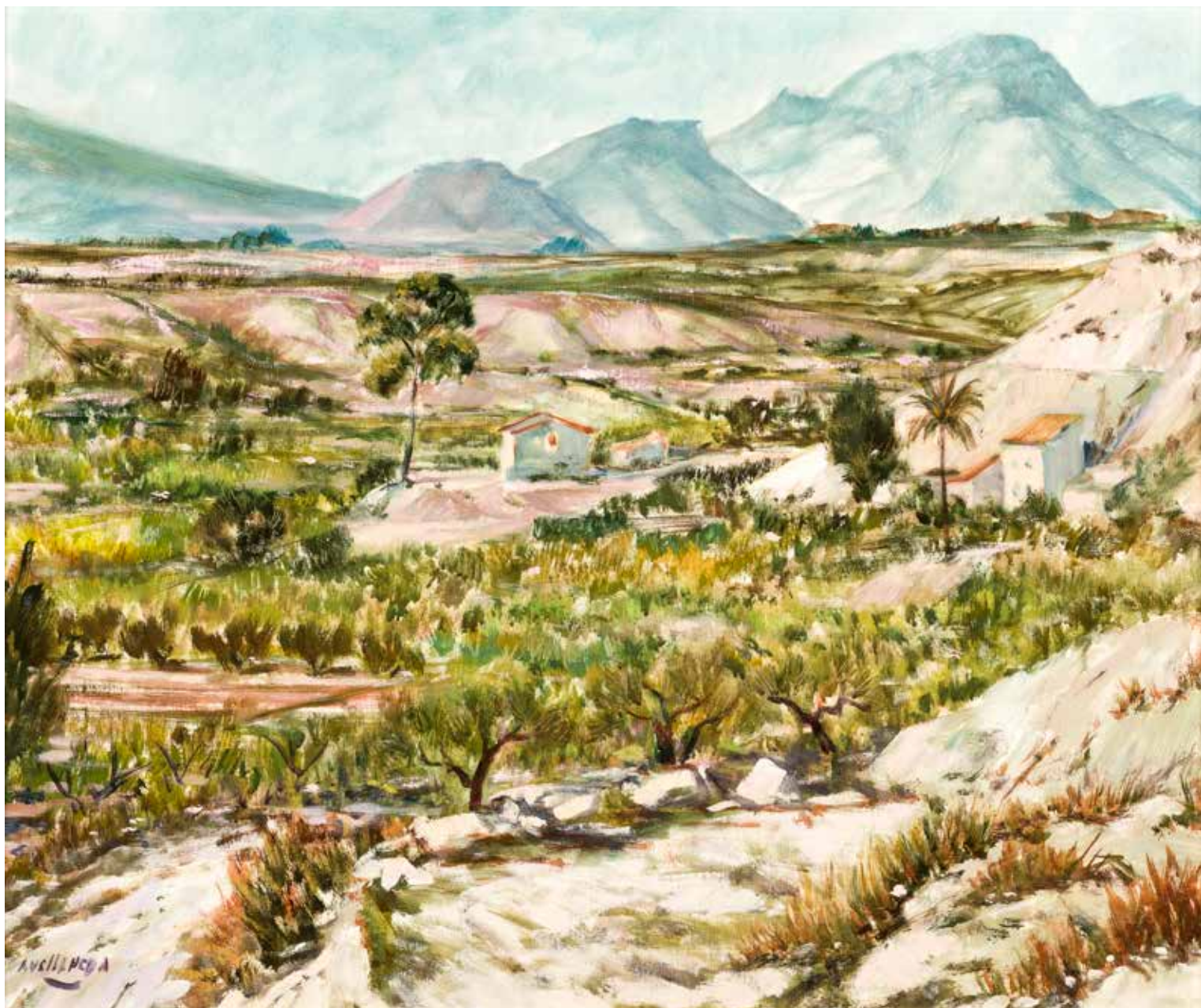
Tierras Altas
74x85 cm



Paisaje de Albudeite
86x75 cm



Desde la Cañada
70x90 cm



Sin título. Acuarela
29x23 cm



Ojós
97x130 cm







Terraza en la Huerta I
162x130 cm

Embalse de Blanca
45x54 cm



Casa en ruinas
45x54 cm



Secano
65x75 cm





Campos del Río



60x140 cm

Reflejos I
55X46 cm



Reflejos II
55X46 cm





*La luz no es una cosa que pueda reproducirse,
sino algo que puede representarse en colores.*

Paul Cézanne

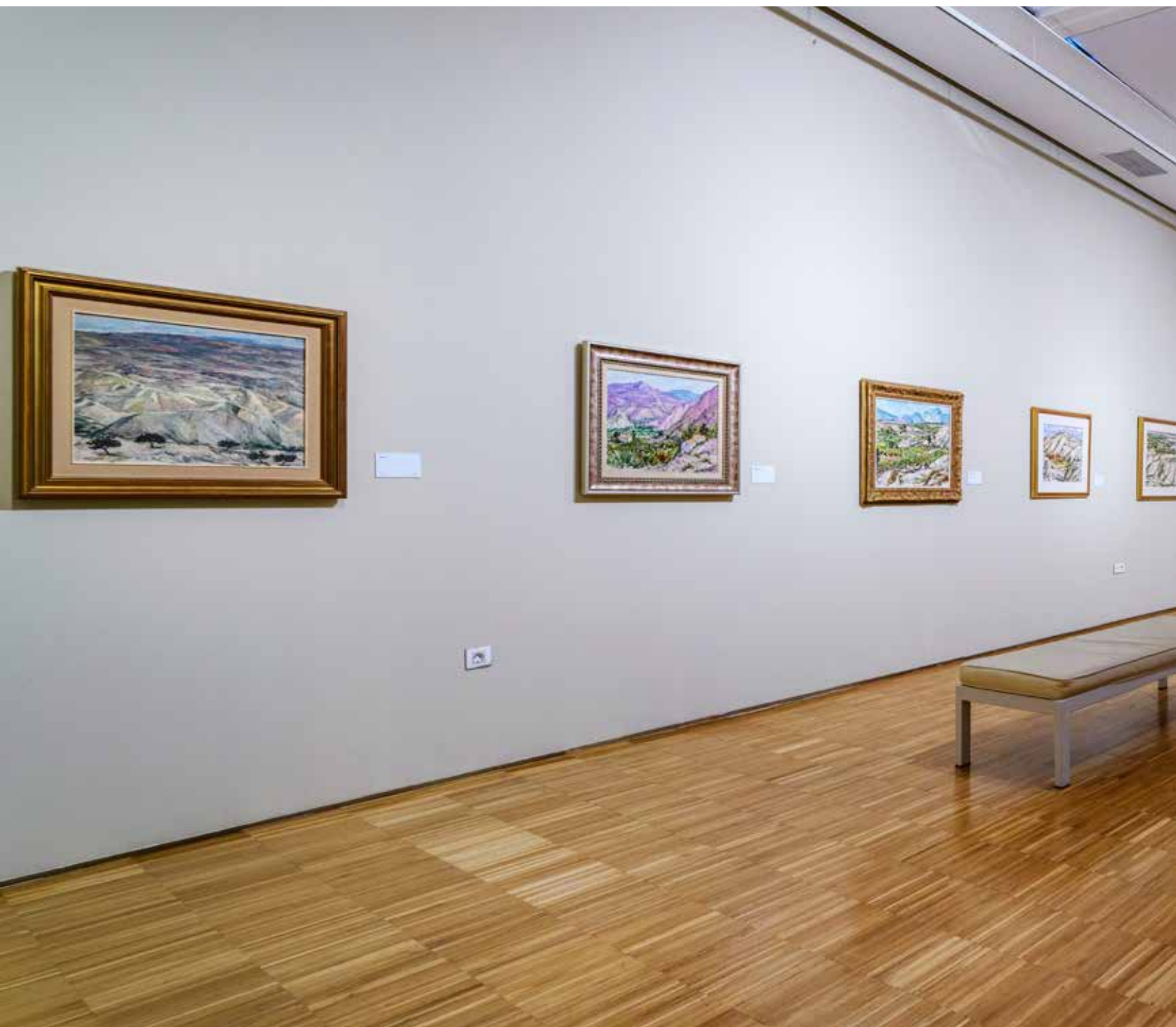


Avellaneda













Small white label below the painting.



Small white label below the painting.

La fin de la série est plus facile à réaliser,
elle est plus facile à reproduire en relief.

Paul Gauguin



Small white label below the painting.





COMUNIDAD AUTÓNOMA DE LA REGIÓN DE MURCIA

Presidente
Fernando López Miras

Consejera de Turismo y Cultura
Miriam Guardiola Salmerón

Director General de Bienes Culturales
Juan Antonio Lorca Sánchez

EXPOSICIÓN

Promueve y organiza

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
Consejería de Turismo y Cultura
Dirección General de Bienes Culturales
Museo de Bellas Artes de Murcia

Comisarios

Manuel Fernández-Delgado Cerdá
Antonio Avellaneda Goicuría

Coordinación y administración

Servicio de Museos y Exposiciones
Dirección General de Bienes Culturales

Seguro

Hiscox

Transporte y Montaje

Angie Meca
Ferroviai Servicios

CATÁLOGO

Edita

Ediciones Tres Fronteras
Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
Consejería de Turismo y Cultura
Dirección General de Bienes Culturales
Museo de Bellas Artes de Murcia

Textos

Juan Bautista Sanz
José Mariano González Vidal

Diseño

Sublima Studio

Fotografía

Joaquín Zamora

Impresión

Libecrom

Depósito Legal

MU 733-2019

ISBN

978-84-7564-776-0

© De los textos: Los autores

© De las fotografías: Los autores

© De la presente edición: Comunidad Autónoma
de la Región de Murcia, Consejería de Turismo y
Cultura, Dirección General de Bienes Culturales

Agradecimientos

Amparo Albacete, Francisco Galián, Juan Fco. Murcia,
José Antonio Galián, BANKIA, Marta Díez de Revenga,
M^a José Galián, Universidad de Murcia, Ramón Templado,
Eduardo López (Cuadros López), Paloma Sánchez,
Carmen Gil, Pedro A. Goicuría, Emilio Llamas,
Guillermo Templado, Francisco Izquierdo, Francisco Lucas,
Jesús Fco. Egea, Leonor Fernández-Delgado, M^a Victoria Terrer,
José Manuel Jiménez, Diario La Verdad, Javier Cano,
Pablo Fernández-Delgado, Antonio Avellaneda,
Begoña Avellaneda, Victoria Avellaneda, Manuel Fernández-Delgado

Avellaneda en el paisaje

Del 27 de junio al 20 de octubre de 2019
Museo de Bellas Artes de Murcia

